

LECCION IV.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS.—PRIMER AÑO.

Predicacion de san Juan Bautista.—Bautismo de nuestro Señor.—Se retira al desierto.—Sus tentaciones.—Bodas de Caná.—Arroja á los mercaderes del templo.

Treinta años hacia que nuestro Señor, que habia bajado á la tierra para expiar los pecados del mundo y remediar sus consecuencias, se dedicaba á reprimir las pasiones del hombre, practicando para instruccion de todos los siglos la humildad, la obediencia y la pobreza mas completa: tal era su ocupacion en su oscura morada de Nazareth. Llegó finalmente la época en que Dios su Padre debia manifestarle al mundo. Sigámosle á este nuevo teatro de su apostolado.

Juan Bautista, su precursor, vivia desde su infancia en el desierto, á donde la inspiracion le habia guiado; destinado al ministerio mas sublime con que pueda honrarse á un mortal, se preparaba allí por medio del retiro y de la austeridad de su vida; vestia un saco de cerda de camello, llevaba un cinturon de cuero sobre los lomos, y su alimento se componia de langostas¹ y frutos silvestres, esperando de esta suerte, y apresurando indudablemente con sus súplicas el dia de su manifestacion, que debia ser la aurora de la inmensa luz que iba á alumbrar el mundo. Llegó, por fin, este momento tan deseado.

En el décimoquinto año del reinado de Tiberio, sucesor de Augusto en el imperio romano de que formaba parte la Judea, cuando esta provincia estaba gobernada en nombre del César por un presidente romano llamado Poncio Pilatos, siendo Herodes tetrarca de Galilea, bajo el pontificado de los dos sumos sacerdotes Anás y Cai-

¹ Plinio y otros autores antiguos hablan de una especie de langostas con que se alimentaban entre los orientales las clases mas ínfimas. Tienen hasta cuatro pulgadas de longitud, y son gruesas como el dedo.

fás¹, y al llegar Jesús á los treinta años de edad, Dios hizo oír su voz en el desierto á Juan, hijo de Zacarías, y le mandó que saliera al momento de su retiro para preparar el pueblo al Evangelio, exhortándole á la penitencia. De este modo se cumplian las palabras del profeta Isaías anunciando que el Mesías tendria un precursor: Hé aquí que envío á mi Ángel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de tí. Lleno del espíritu de Dios, el nuevo Elías se dirigió hácia las orillas del Jordan, donde dió principio á sus predicaciones. Solo hablaba de conversion y de penitencia, porque debia abrirse la puerta á la fe del Evangelio por medio de la reforma de los corazones.

Al rumor de sus primeras predicaciones los pecadores acudieron en tropel, y confesando sus pecados recibian de él el bautismo en el rio Jordan. El pueblo mismo, admirado del brillo de sus virtudes, se persuadió de que Juan seria tal vez el Cristo, y todo el mundo abrigaba este pensamiento.

El Precursor les habló en estos términos para sacarlos de un error que podia llegar á ser pernicioso: En verdad os doy á todos un bautismo de agua para que hagais penitencia, pero el que vendrá despues de mí es mas poderoso que yo, pues no soy digno de prosternarme delante de él para desatarle la correa de sus zapatos; él os dará el Bautismo del Espíritu Santo y del fuego.

Este Bautismo es el sacramento de la regeneracion que el Salvador debia instituir mas adelante, y este fuego es el que descendió sobre los Apóstoles el dia de Pentecostes, el mismo por medio del cual continúa el Espíritu Santo purificando el corazon de los verdaderos fieles. La grande humildad de Juan Bautista no le obstaba para que anhelase con afan la dicha de ver al Mesías que anunciaba con tanta magnificencia, y cuyo rostro no habia contemplado nunca. No pasó mucho tiempo sin que se realizasen sus esperanzas.

Jesús partió de Nazareth, distante unas veinte leguas de los desiertos de Judea, donde Juan continuaba predicando y bautizando. Este divino Salvador, que no cometió pecado, pero que habia sido convertido por nosotros en el mismo pecado, cuya deuda habia tomado sobre sí enteramente, tuvo á bien confundirse en la

¹ Adviertase con cuánta exactitud precisa el Evangelista las fechas; no hablan seguramente así los impostores.

multitud de los pecadores y entrar con ellos en el camino de la penitencia. Fué, por consiguiente, al encuentro de Juan para que le bautizase en el Jordan; pero Juan rehusaba diciendo: ¿Vos venís á mí, siendo yo el que debería recibir el bautismo de Vos? Jesús le respondió: Hazlo así ahora, porque conviene que cumplamos de esta suerte toda la justicia. ¡Oh! sí, convenia que para curar al hombre y expiar el pecado el Salvador continuara dando ejemplos de la mas profunda humildad, y que se declarase por medio de un acto solemne el gran penitente del mundo. Juan no se opuso ya entonces al deseo de su divino Señor, y bautizó á Jesús en el Jordan.

Jesús salió al momento del agua, y mientras hacia su oracion se abrieron los cielos, y vió bajar y detenerse sobre sí al Espíritu Santo bajo la figura corpórea de una paloma, y oyó al mismo tiempo una voz celeste que decia: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido. Juan Bautista y cuantos estaban presentes vieron bajar al Espíritu Santo, y oyeron la voz del cielo, porque todo esto solo se hacia por ellos. La Trinidad empezaba á declararse mas distintamente, y las almas estaban preparadas á los grandes misterios que Jesucristo iba á revelar muy pronto al mundo.

El bautismo que Jesús acababa de recibir no era para él una ceremonia sin consecuencia, sino una profesion pública de penitencia, pues quiso ejercer en sí todos sus rigores, y mostrar de antemano á su Iglesia la penitencia que debia prescribir á sus hijos para todos los siglos futuros.

Se alejó del Jordan lleno del Espíritu Santo, cuyo impulso le condujo al desierto, y permaneció allí cuarenta días y cuarenta noches, durante los cuales su ocupacion consistió en una oracion continua, y su ayuno fué tan riguroso que no tomó ningun alimento. Hubiera muerto de debilidad á no ser por un milagro de la omnipotencia de Dios; pero lo que el soberano Maestro habia hecho mas de una vez por sus siervos, por un efecto de su pura misericordia, no era de temer que lo rehusase á la dignidad de su persona y al mérito de la obediencia de su Hijo.

Al cabo de los cuarenta dias prescritos á su soledad, el Salvador quiso experimentar el hambre, y resolvió conceder á la naturaleza los auxilios que tanto tiempo hacia le rehusaba; pero no habia llegado aun al término de sus pruebas: despues de haber sujetado el hambre, faltábale combatir al demonio. El Salvador, modelo de to-

dos los hombres, quiso probar todas nuestras miserias y tentaciones, para enseñarnos á sobrellevar las unas y triunfar de las otras. Como nuestras tentaciones se reducen á tres, lo mismo que todas nuestras pasiones, el amor al goce, el orgullo y la ambicion, el demonio atacó por estos tres puntos á nuestro Señor.

En primer lugar por el amor al goce. El tentador se acercó y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes. Jesús se contentó con responder al seductor: Está escrito: No solo de pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios, es decir, todo lo que place á Dios darle para su sustento. Lo cual nos da á entender que léjos de sacrificar nuestra alma á los goces y hasta á las necesidades del cuerpo, es preciso tener confianza en la Providencia y esperar todo de su bondad.

En segundo lugar por el orgullo. Satanás no se dió por vencido; despues de haber atacado al Salvador por lo que creia su flaco, es decir, por el hambre que sufría entonces, le atacó por su fuerte, es decir, por su confianza en Dios, esforzándose en que degenerase en orgullosa presuncion. Habiéndole transportado á la ciudad santa, le colocó en el pináculo del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, arrojate de aquí abajo, porque está escrito: Él ha mandado á sus Ángeles el cuidado de tu persona para que velen por tu conservacion, y te llevarán entre sus manos temerosos de que tu pié no choque contra alguna piedra. Está escrito tambien, le dijo Jesús: No tentarás al Señor tu Dios.

En tercer lugar por la ambicion. Despues de esta respuesta Satanás creyó que no debia omitir medio alguno, y transportando á Jesús á la cumbre de un monte muy elevado, le hizo ver en un instante todos los reinos del mundo con su gloria, y le dijo: Todo eso te daré, si postrándote á mis piés me adorares.

La blasfemia era horrible, y la proposicion digna del principe de los demonios, de suerte que el Salvador tomó el tono con que se debe contestar á la proposicion de un crimen, y le dijo: Véte, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y servirás á él solo. El demonio se alejó entonces de Jesús despues de haber fracasado en todas sus tentaciones¹. Los Ángeles se acercaron en se-

¹ Cum dicitur Deus homo, vel in excelsum montem, vel in sanctam civitatem à diabolo assumptus, mens refugit, humanæ hoc audire aures expaves-

guida al Salvador, y le sirvieron de comer. El Salvador quiso ser tentado para instruccion nuestra, y por eso se prepara á sostener las tentaciones por medio del fervor en la oracion, del ayuno y el retiro, y las rechaza con la fe y acudiendo sin demora á Dios. ¿Qué triunfos podemos esperar si solo presentamos al enemigo mas violento y astuto que hubo jamás un alma disipada, una carne delicada, un orgullo lisonjeado, pasiones vivas, y el olvido de las verdades de la salvacion? Finalmente, con el misterioso banquete servido por manos de Ángeles nos muestra la alegría que proporciona la tentacion al alma que sabe vencerla, y á la corte celestial testigo de su victoria.

Habia llegado la época en que, segun la voluntad de su Padre, Jesús iba á consagrarse enteramente á la predicacion del Evangelio y á entregarse á todo trance á las contradicciones que debia encontrar indispensablemente. La empresa de que estaba encargado era grande y difícil; la Judea, la Galilea, la Samaria, todos los pueblos de la Palestina esperaban sus cuidados y pedian su cultivo. Era el campo que el Padre de familia le destinaba; suelo ingrato que solo debia producir, en cambio de sus sudores, abrojos y espinas; donde era preciso sembrar mucho, coger poco, preparar la cosecha con excesivas fatigas, y no tener el consuelo de verla madurar. El tiempo era breve, pues solo se le concedian unos tres años para seguir una carrera trabajosa, cuyo término debia ser una vergonzosa cruz.

No le espantaron las penalidades, y en vez de desanimarle los amargos frutos que debia alcanzar por recompensa, fueron el objeto de su anhelo, pues veia en la série de los siglos á Dios, su Padre, dignamente honrado, al hombre salvado, y un mundo hecho cristiano. Su vida, hasta entonces oscura y pacífica, no fué mas que un encadenamiento continuo de trabajos, correrías y padecimientos hasta el día en que terminó con los horrores del Calvario.

cunt. Qui tamen non esse incredibilia ista cognoscimus, si in illo et alia facta pensamus. Certe iniquorum omnium caput diabolus est, et hujus capitis membra sunt omnes iniqui. An non diaboli membrum fuit Pilatus? an non diaboli membra Judæi persequentes et milites crucifigentes Christum fuerunt? Quid ergo mirum, si ab illo permisit in montem duci, qui se pertulit etiam à membris illius crucifigi? non est ergo indignum Redemptori nostro quod tentari voluit qui venerat occidi. Justum quippe erat, ut sic tentationes nostras suis tentationibus vinceret, sicut mortem nostram venerat sua morte superare. (S. Greg. homil. in Matth.).

Al salir del desierto se dirigió al Jordan, donde Juan Bautista continuaba predicando la penitencia y la próxima manifestacion del Mesías. Al ver llegar hácia sí al Salvador, el santo Precursor exclamó en presencia de todo el pueblo: Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

El Salvador se atrajo en esta ocasion memorable á sus primeros discípulos: Andrés con Simon Pedro, su hermano, y Felipe, todos tres de la ciudad de Bethsaida, que siendo apóstoles tan pronto como prosélitos, siguieron al Mesías y le acompañaron á Caná de Galilea.

Poco tiempo despues de su llegada á esta ciudad, un particular celebró sus bodas, en las que se halló la Virgen santísima. Su modo de vivir humilde, sencillo y modesto, sin desmentirse nunca, no tenia sin embargo nada de extraño; la suplicaron que asistiera á la celebracion de este casamiento, y se dignó aceptar. Jesús fué invitado tambien á la fiesta con sus discípulos; se dignaba presentarse en un festin, que nada tenia en sí que no fuera decente y legítimo, especialmente por ellos y para santificar las bodas con su presencia. La Religion no condena estos goces, si no se apartan de los justos límites; pero desgraciadamente los hombres no saben moderarse, y ha sido preciso suprimir costumbres decorosas para precaver sus abusos.

No eran de temer en un festin donde se hallaban Jesús y María; pero un accidente muy humillante estuvo á punto de turbar la alegría que debia acompañarlo. Al terminar la comida empezó á faltar el vino; María lo advirtió, y sin esperar á que recurrieran á su mediacion, se volvió hácia Jesús y le dijo: No tienen vino. Mujer, le respondió el Salvador, ¿qué nos va á mí y á vos? Aun no ha llegado mi hora ¹.

¹ Segun el Griego, estas palabras del Salvador pueden presentar otro sentido que nos parece preferible. *Mujer, ¿qué nos importa esto á vos y á mí? Ó vos, la mujer por excelencia, que sois madre sin dejar de ser vírgen, ¿de qué importancia puede ser para vos y para mí que no tengan mas vino? Sabeis que este excitador de las pasiones no es necesario para la única generacion que sea digna de Dios, de vos y de mí. Aun no ha llegado mi hora: aunque no haya llegado para mí la hora de hacer milagros, sin embargo habeis hablado, y esto me basta; yo la adelantaré por consideracion á mi madre. Así pues, el Salvador revela en la primera parte de su respuesta la sublime dignidad de María, y rinde homenaje en la segunda á su poder omnipotente.*

Al leer esta breve respuesta de Jesús á su santa Madre quedamos tal vez admirados de su aparente severidad, porque el Salvador pudo suavizar con su ademán y con el tono de su voz lo que nos parece duro en sus palabras, y el mas tierno de todos los hijos no trató de afligir á la mas querida de todas las madres. Pero queria enseñar, no á María que no lo ignoraba, sino á sus discípulos y parientes, que no debia hacer milagros por consideraciones de carne y sangre. María conoció que su Hijo accedia á su peticion, y dijo á los que servian: Haced cuanto él os dijere.

Veíanse allí seis hidrias ó tinajas de piedra destinadas para las purificaciones de los judíos, capaces de contener cada una de ellas dos ó tres medidas. Jesús les dijo: Llenad de agua las hidrias. Y las llenaron hasta el borde. Jesús añadió: Sacad ahora y llevadla al director del festin; y lo hicieron. Luego que éste gustó el agua que habia sido convertida en vino, no sabiendo de dónde procedia, llamó al esposo y le dijo: Todo el mundo da el buen vino al principio, y cuando los convidados han bebido bien, se da el que es inferior; pero tú has guardado el vino mejor hasta este momento. Jesús hizo su primer milagro en Caná de Galilea; resplandeció con él su poder, y sus discípulos se confirmaron en la fe que tenían en nuestro Señor.

Fué en seguida con su Madre y sus discípulos á Cafarnaum, donde permanecieron algunos dias. Esta ciudad opulenta y populosa fué despues la morada mas ordinaria del Salvador, y como el centro de sus misiones: estaba situada en los confines de las tribus de Zabulon y de Neftalí, donde desemboca el Jordan en el mar de Galilea ó de Tiberíades.

Jesús se agregó dos nuevos discípulos, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, paseándose á orillas de este mar ó mas bien de este gran lago. Lo mismo que Pedro y Andrés, eran pescadores de oficio. Venid y seguidme, les dijo el Salvador; y abandonando sus redes y á su padre, le siguieron al momento. ¡Qué ejemplo de fidelidad á la gracia!

Partió de Cafarnaum seguido de sus discípulos, y se dirigió á Jerusalem, donde llegó algunos dias antes de la festividad de Pascua, con intencion de celebrarla con los judíos y de darnos el ejemplo de obediencia á la ley y á la autoridad legitima, y se dió á conocer allí desde luego por una accion que le atrajo todas las miradas. Habiéndose dirigido al templo con sus discípulos, llamó su atencion un abu-

so ya antiguo, ó mas bien una profanacion escandalosa que reanimó su celo. Los interesados judíos formaban una especie de mercado en el recinto de la casa de Dios, donde se atrevian á vender bueyes, carneros y palomas para los sacrificios.

El Salvador no pudo tolerar semejante escándalo; el lugar sagrado que profanaban con tan poco miramiento era la morada de su Padre, y le pertenecia á él vengarle del desprecio de sus adoradores. Armase de unos azotes de delgadas cuerdas, pero especialmente de ese aire de autoridad que toma un amo indignado contra esclavos insolentes, se dirige hácia los profanadores, los arroja vergonzosamente del templo, dispersa los bueyes y los carneros, derriba las mesas de los tratantes, y lanza á lo léjos su dinero. Quitad esto de aquí, dice á los vendedores de palomas, y no convirtais en una casa de tráfico la mansion de mi Padre.

El principal milagro de esta accion consiste en que se hizo sin haber sido preparada por ningun milagro. Nuestro Señor, á quien no conocian los judíos, lo ejecuta sin que entre tantos hombres interesados en oponerse, uno solo se atreva á hablar para defenderse, pues evidentemente los profanadores habian sentido la impresion de la Divinidad. ¡Cuál no debió ser su espanto cuando oyeron llamar la casa de Dios casa de su Padre, al hombre desconocido que les trataba con tanto imperio!

Esta ruidosa accion no nos enseña tan solo el respeto que debemos tener en nuestras iglesias, mucho mas santas que el templo de Jerusalem, sino que nos muestra además la caridad del Salvador en medio de su ardoroso celo. Dice á los tratantes en palomas que se las lleven: si les hubiera tratado como á los demás, las palomas hubiesen volado y las hubiesen perdido sus dueños; pero Jesús quiere aterrarlos á todos, mas no perjudicar á ninguno, y nos enseña en una accion tan viva, que el celo mas recto debe regirse por la prudencia y moderarse por la caridad.

Nuestro Señor permaneció algun tiempo en Jerusalem y en Judea, y hasta convirtió un sabio doctor de la Sinagoga llamado Nicodemo, á quien explicó en un secreto coloquio todo el conjunto del Cristianismo. Habiéndole obligado á alejarse de la capital el eco inmenso de sus obras, volvió á tomar el camino de Galilea con sus discípulos pasando por Samaria. La leccion siguiente contendrá el relato de este viaje.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador tan compasivo, que se dignó experimentar todas nuestras tentaciones para enseñarnos á vencerlas; dadnos la gracia de resistirlas prontamente, de seguir como los Apóstoles nuestra vocacion, y de profesar á la Iglesia el respeto que merece vuestra casa.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero resistir pronto las tentaciones.

LECCION V.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — PRIMER AÑO.

La Samaritana. — Condescendencia del Salvador. — Agua de la gracia. — Anuncio de la ley nueva. — Curacion de un poseso, — de un paralítico. — Poder de perdonar los pecados. — Eleccion de los doce Apóstoles.

El Salvador habia salido de Judea en una estacion muy calurosa; habia caminado á pié toda la mañana, y llegado al mediodía á las inmediaciones de una ciudad de Samaria, llamada Sicar. Cansado del camino se sentó al borde de un pozo que llamaban la *fuenta de Jacob*. Sus discípulos se separaron, y fueron juntos á comprar víveres á la ciudad.

Durante su ausencia una mujer se acercó para sacar agua, y Jesús le dijo: Dame de beber. ¿Cómo siendo judío y sabiendo que soy samaritana, le respondió esta mujer que reconoció en él á un hijo de la Judea, me pedís agua para beber? Porque los judíos tenían horror á los samaritanos, pues los consideraban como corruptores de la ley de Moisés.

El buen Pastor, que habia atraído á su lado aquella oveja descarriada y se proponia hacerla suya, no tuvo á bien contestar á esta pregunta. Si conocieras el don de Dios, le dijo, y si supieras quién es el que te dice: Dame de beber, tal vez te hubiera dado una agua viva que no te hubiese rehusado. El Salvador queria hablarle de la gracia y de las luces del Evangelio.

La mujer de Sicar no comprendió, ó afectó no comprender cuál era aquella agua. Señor, le dijo, no teneis nada con que sacar agua, y el pozo es profundo; ¿dónde teneis, pues, esa agua viva? ¿Sois acaso mas que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo donde han bebido él, sus hijos y sus ganados?

Jesús, que queria conducir por grados á aquella pobre extranjera al conocimiento del Evangelio, usó con ella de extrema condescendencia, y sin contestar á lo que acababa de decir sobre la supe-